

# ¿Por qué es necesario el teatro?

Antonio Álamo

La pregunta, en principio, se me hace tan innecesaria como la de preguntarnos por la utilidad de un soneto. Más que considerar la cuestión que nos convoca, preferiría redefinirla, ya que de lo contrario, necesariamente, debería contestar que el teatro no es necesario.

Empezaré diciendo que el teatro, al menos para mí, empezó siendo una excrecencia de los libros, de la misma forma que los libros —aquellos que me importaban— empezaron siendo una excrecencia de la vida. San Agustín: «Toda escritura es inmundicia».

Recuerdo la primera experiencia teatral que me llevó a pensar que el teatro era algo más que literatura dicha en voz alta (y no siempre bien dicha): fue en la antigua Sala Olimpia; la obra, *Las criadas*, de Genet, con Nuria Espert y Julieta Serrano, y una dirección escénica que firmaba Víctor García. Salí del teatro conmocionado.

Una obra teatral no es tanto una concatenación de sucesos imaginarios, sino, literalmente, una caverna con un espacio rectangular frente a una serie de butacas dispuestas linealmente; unos tipos más o menos uniformados que nos entregan un papelito generalmente ilegible con nombres propios, datos y declaraciones de intenciones para que nos distraigamos haciendo un tubito con él mientras se prolonga la espera; un lugar donde, afortunadamente, la gente no come palomitas (en algunos lugares, como México, por ejemplo, sí comen palomitas y hasta *hot-dogs* con abundancia de mostazas, mayonesas y hasta chile picuín); un apagón repentino; un revolverse en la butaca, síntoma del último apoltrone antes de que empiece la cosa; algunos carraspeos y toses, como si fueran los mismos espectadores los que se dispusieran a ha-

blar; unos hombres y mujeres que salen o aparecen tras el telón aproximadamente disfrazados de algo que simulan pasiones y acontecimientos ajenos mientras nosotros permanecemos en la oscuridad; unos saludos medio ridículos y medio indispensables y unos aplausos finales con los que acaba toda representación, pues el riesgo del bis es casi nulo, etc. Estas miserias —y otras tantas que no enumero— son compartidas por toda clase de obra teatral. Pero ¿es necesario todo esto? La respuesta, que a algunos les parecerá asombrosa, es que sí.

¿Qué es a fin de cuentas el teatro sino unas pocas personas que hablan en voz alta a una multitud silenciosa? Pocos que gritan y muchos que, protegidos por la oscuridad, permanecen en silencio. Escuchando. El teatro: un lugar al que la gente va a recordar, no a olvidar, decía Mamet. ¿A recordar qué? A recordar, simplemente, quiénes somos, qué nos aguarda. Porque una de las cosas extraordinarias del teatro es que, en un mundo en el que a veces tenemos la sospecha de que el hombre se ha olvidado de escuchar, miles de personas acuden, precisamente, a escuchar. ¿A escuchar qué? Cuentos, ficciones, fantasmagorías. Pero ¿es ficción la ficción? ¿Mentira? En algún lugar dice Vargas Llosa que, aunque nuestras historias siempre mienten y no pueden hacer otra cosa, lo cierto es que mintiendo expresan una verdad que solo puede expresarse encubierta, disfrazada. No se escribe solo para contar la vida, sino también con

# Necesario el teatro?

la secreta vocación de transformarla. De acuerdo: se viene al teatro a escuchar, a recordar, a transformarse, pero lo que marca la diferencia es cómo se viene a escuchar.

Todas las obras de teatro empiezan de la misma forma: primero el público entra en un espacio uniformemente iluminado; luego se sienta y espera; poco después suena una campanilla anunciando que la función va a comenzar y, entonces, sucede lo irremediable: se hace el oscuro. «En el principio solo había tinieblas...», leemos en el Génesis. Y después la mitad del teatro, esa mitad a la que llamamos escenario, se ilumina. «Hágase la luz.» Nos encontramos así con un ámbito perfectamente dividido entre la luz y las tinieblas. El teatro es dos sitios con dos entradas distintas: una para el público y otra para los actores. Hay dos mundos. La gente que está en la oscuridad mira hacia la luz. Y una vez más el espectador presencia la creación del mundo, el principio, el origen de la creación, que en seguida se puebla de elementos y palabras. Empieza la aventura del héroe, se llame este Hamlet o Próspero. El teatro: un artefacto que es, en sí mismo, una metáfora que puede integrar todo lo existente. ¿Necesario? Quizá no sea esta la palabra más acertada. Lo único cierto es que sin el teatro, al mundo le faltaría un paisaje esencial y prodigioso, un paisaje donde cualquier acontecimiento, cualquier palabra, sucede para cargarse de sentido: el escenario. ■

